





La abstracción en el arte puede manifestarse de múltiples maneras, siendo deductiva o expresiva, lírica o racional, geométrica u orgánica, así como lisa o rica en gestos. En el ámbito de la pintura, la abstracción adquiere una expresión única cuando se funda en una ontología bien definida. Aunque la pintura no habla, hace hablar. La obra de Joaquín Boz es un ejemplo de cómo la abstracción no solo abarca, sino que profundiza en conceptos complejos como la contingencia y la sensibilidad, a través de sus meticulosas capas de color en una reflexión entre el artista y los materiales.

La contingencia, entendida como la posibilidad de que cualquier evento ocurra en un universo de incertidumbre, se manifiesta en la obra de Boz como un principio rector. Lejos de limitarse a la aleatoriedad sin sentido, su enfoque de la contingencia es profundamente intuitivo, permitiendo que la incertidumbre y el azar jueguen roles cruciales en el proceso creativo. Este enfoque no solo demuestra una aceptación de la imprevisibilidad sino que celebra la riqueza y la diversidad de posibilidades que esta puede engendrar en el lienzo o sobre la madera. Cada espátulado, cada capa de color hecha con el pincel, un trapo, las uñas, o sus manos, refleja una decisión tomada en el filo de lo imprevisto, donde las estructuras de la intuición y la sensibilidad del artista exponen la agencia del material.

La materia susurra su ruta, trazando caminos donde su voluntad se despliega. En su perspectiva, la contingencia se manifiesta en la libertad con la que Boz deja que la composición se revele, una libertad que es testimonio de un orden superior, donde el caos da paso a una forma emergente de belleza y coherencia. Mirando las piezas, se siente un pulso, una vibración de colores que se mezclan y chocan en capas brillantes, pero que también conviven armoniosamente. Por azares del destino, del óleo o la voluntad del artista surgen, como ecos entre el caos, formas que creemos descifrar, despertando una búsqueda entre los pliegues de la memoria, imágenes y sensaciones con una independencia relativa del lenguaje.

Así como las estructuras cognitivas y las inteligencias artificiales pueden navegar y manipular un mundo inherentemente contingente, buscando formas de reconfigurar la realidad y sus posibilidades, la exploración metódica de la pintura de Boz opera de manera similar sobre la imagen pictórica, manipulando una expresión de pintura gestual que deviene en una obra singular. Este diálogo entre el artista y sus materiales explora metódicamente un conjunto de técnicas en un laboratorio experimental. Así como el aceite invita al caos y la espátula al orden, las manos a veces funcionan como vectores con una doble función tanto para marcar o romper el espacio pictórico.

La sensibilidad se manifiesta en cómo Boz organiza y da sentido a esta contingencia. En su mundo, la sensibilidad no es meramente una reacción emocional o estética, es una herramienta, entre el ojo y la mano, para navegar y dar orden al caos. Un orden que se revela armónicamente caótico. A través de sus obras, Boz nos invita a experimentar esta facultad que trasciende lo puramente personal, convirtiéndose en un mecanismo a través del cual el mundo puede ser ordenado y comprendido en una pintura.

La sensibilidad de Boz se extiende más allá de lo visual, incorporando lo táctil a través de la textura y la materialidad de sus pinturas, así como sus modos de pintar. Este enfoque táctil-visual revela que la mirada está guiada por el tacto, el cual actúa como el punto neurálgico de todos los sentidos en la percepción humana. ¿Existe algo más profundo que la piel? ¿Cómo se convierte la caricia en el umbral entre lo material y lo espiritual? La mano acaricia los colores y la tela: el gesto productor del objeto. Las capas de colores en los cuadros de Boz se manifiestan como la piel de la pintura: la naturaleza intrínseca del objeto. En las pinturas de Boz hay una voluntad táctil de los materiales, un anhelo de volumen dentro de la abstracción. Estas obras indagan en la anatomía táctil de la pintura, donde el óleo se revela mediante el contacto, el crujir y la expansión, oscilando perpetuamente entre el equilibrio y el desequilibrio.

Un concepto que emerge con fuerza de la obra de Boz es el de la “transmisión pictórica”. En la trama de la obra, se revela un mecanismo de transmisión en el que el movimiento y la transformación internos se evidencian mediante cambios en la forma, el sentido y la textura. Cada trazo, cada estrato de color y cada movimiento se convierten en vectores de transferencia interna, tejiendo una superficie donde la energía, la intuición y la contemplación se funden y se manifiestan en el corazón mismo de la obra. Así, su dinámica trasciende la simple aplicación de técnicas o estilos para convertirse en la representación de una realidad fluida, en la que el significado y la estética brotan no de interpretaciones externas, sino del diálogo intrínseco entre sus elementos. Esta independencia meta-

morfosea la obra en un ente reflexivo, donde el proceso de transmisión es una celebración de descubrimiento y entendimiento profundamente arraigados en su esencia.

La pintura, en manos de Boz, actúa como un medio a través del cual la contingencia ontológica se encuentra con la sensibilidad humana, una interacción que produce una obra de arte que es tanto una exploración de lo indeterminado como una afirmación de la capacidad humana para encontrar orden y significado en el corazón de lo impredecible. Esta dinámica refleja una comprensión más profunda de la relación entre el ser humano y el universo: no estamos separados de la contingencia que permea la existencia, sino íntimamente entrelazados con ella, constantemente navegando y reconfigurando sus posibilidades a través de nuestra creatividad y sensibilidad. La pintura en este caso es un acto de trascendencia en la inmanencia.

El debate en torno a qué constituye la esencia de la humanidad —si el lenguaje y la capacidad de representación o el uso de herramientas y el trabajo— es una cuestión que ha ocupado un lugar central en el discurso filosófico y antropológico a lo largo de la historia. Este dilema, que enfrenta la mente contra la mano, la conciencia contra la materialidad, ha generado extensas reflexiones sobre lo que realmente nos distingue como seres humanos. En el contexto de este debate, la obra de Joaquín Boz se presenta como un interesante punto de análisis. A través de su práctica artística, Boz parece trascender esta dicotomía aparentemente antinómica, fusionando ambos aspectos de la experiencia humana en una síntesis creativa. Su trabajo no solo demuestra una profunda sensibilidad hacia el lenguaje visual abstracto, una forma de comunicación no verbal que puede ser vista como equivalente a la representación conceptual, sino que también enfatiza el proceso físico y táctil de la creación artística —el manejo de la pintura, la interacción con la textura y el acto de aplicar capas sobre el lienzo, el uso de la mano, espátulas y pinceles.

La obra de Joaquín Boz se inscribe en la evolución del arte abstracto, un movimiento que, desde principios del siglo XX, ha explorado la capacidad del arte para expresar ideas y emociones independientes de la representación figurativa del mundo natural. Al enfocarse en la abstracción, Boz se vincula con un diálogo histórico de figuras como Hilma af Klint y Wassily Kandinsky, quienes exploraron la abstracción como medio para expresar lo espiritual, Jackson Pollock, cuyas técnicas de goteo resaltaron la importancia del acto físico de pintar, y Lygia Clark, con su enfoque en la experiencia sensorial y participativa del arte, han desempeñado roles cruciales en la evolución del movimiento. En Argentina, artistas como Juan Del Prete, Yente, Diyi Laañ y Lidy Prati, mediante su precoz acogida y reinterpretación del vocabulario abstracto, han evidenciado la capacidad de la abstracción para propiciar la experimentación y el intercambio cultural en Latinoamérica.

Sin embargo, Boz trasciende a sus predecesores al explorar cómo la abstracción puede sondear la contingencia y la sensibilidad, aspectos clave para entender la complejidad de la experiencia humana. Estos conceptos, profundamente vinculados con la “transmisión pictórica”, no sólo dialogan con, sino que también amplían, las tradiciones artísticas, integrando cuestionamientos modernos sobre nuestra interacción con un universo inestable. Su obra, marcada por un énfasis en la materialidad, la textura, y el gesto, ofrece un contrapunto a la desmaterialización prevalente en la era digital, revalorizando la experiencia sensorial y la presencia física. Este enfoque, sugiriendo una “política del tacto”, emerge como un acto de resistencia contra la despersonalización y la pérdida de la inmediatez sensorial, resonando en los debates actuales sobre tecnología, alienación, y autenticidad. Así, Boz no solo contribuye estéticamente al arte abstracto sino que se inserta en un diálogo crítico con los desafíos contemporáneos, ofreciendo una perspectiva vital para entender la dirección del arte en el siglo XXI.

—Syd Krochmalny

